9543

EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

REPRESALIAS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Punto de venta en Madrid, librería de D. J. Cuesta.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1858.

14

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete.....	Perez.
Alcoy.....	V. de Martí é hijos
Algeciras.....	Joarizti.
Alicante.....	Ibarra.
Almeria.....	Alvarez.
Aranjuez.....	Prado.
Avila.....	Garces.
Badajoz.....	Martinez y Rino.
Barcelona.....	Mayol.
Bilbao.....	Astuy.
Burgos.....	Hervias.
Cáceres.....	Valiente.
Cádiz.....	V. de Moraleda.
Córdoba.....	Lozano.
Cuenca.....	Mariana.
Castellon.....	Carratalá.
Ciudad-Real....	Arellano.
Coruña.....	Lago.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.
Chiclana.....	Julian.
Ecija.....	Garcia.
Figueras.....	Conte Lacoste.
Gerona.....	Dorca.
Gijon.....	Crespo y Cruz.
Granada.....	Zamora.
Guadalajara....	Oñana.
Habana.....	Charlain y Fernz.
Haro.....	Quintana.
Huelva.....	Osorno é hijo.
Huesca.....	Guillen.
Jaen.....	Idalgo.
Jerez.....	Alvarez Aranda.
Leon.....	Viuda de Miñon.
Lérida.....	Blasco.
Lugo.....	Viuda de Pujol y Hermano.
Lorca.....	Gomez.
Logroño.....	Verdejo.
Loja.....	Cano.
Málaga.....	Cañavatte.
Mataró.....	Abadal.
Murcia.....	Herederos de Andrion.
Motril.....	Ballesteros.
Mondoñedo.....	Delgado.
Orense.....	Robles.
Oviedo.....	Palacio.
Osuna.....	Montero.
Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Palma.....	Gelabert.
Pamplona.....	Los Rios y Barrena.
Pontevedra.....	Aspa.
Puerto de Santa Maria.....	Gobantes.
Puerto-Rico. (Mayagües).....	Mestre y Tomás.
Reus.....	Prius.
Ronda.....	Gutierrez.
Sanlúcar.....	Esper.
S. Fernando....	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.....	Ramirez.
Santander.....	Basañez.
Santiago.....	Escribano.
Soria.....	Perlado.
Segovia.....	Alonso.
S. Sebastian...	Garralda.
Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Salamanca.....	Huebra.
Segorbe.....	Mengor.
Tarragona.....	Pujol.
Toro.....	Tejedor.
Toledo.....	Hernandez.
Teruel.....	Baquedano.
Tuy.....	Martinez de la Cruz.
Talavera.....	Castro (Schez.).
Valencia.....	Móles.
Valladolid.....	Hernainz.
Vitoria.....	Galindo.
Villanueva y Geltrú.....	Bertran y Creus.
Ubeda.....	Treviño.
Zamora.....	Calamita.
Zaragoza.....	V. Andrés.

REPRESALIAS.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/represaliasdrama500rubi

REPRESALIAS,

DRAMA DE COSTUMBRES, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. ANTONIO RUBIO GOMEZ.

Representado por primera vez en el teatro de Almeria, la noche del 15 de Noviembre de 1857.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1858.

PERSONAS.

ELENA, Marquesa.
MATILDE.
ANA, doncella de la Marquesa.
CARLOS, Marqués, esposo de Elena.
LUIS.
ENRIQUE, esposo de Matilde.
JUAN, criado del Marqués.
EDUARDO. } Jóvenes.
ANTONIO. }

La escena en Madrid, año de 1840.

La propiedad de esta obra pertenece á *D. Prudencio de Regoyos*, dueño de la galeria dramática EL MUSEO LITERARIO, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, ó varie el título ó represente en cualquiera de los teatros de España y sus posesiones de Ultramar, con arreglo á lo dispuesto en la ley de propiedad literaria y decreto orgánico de teatros hoy vigentes.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un gabinete de la casa del marqués. Puerta al fondo, dos laterales á la izquierda y una á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ANA, *limpiando las butacas, y* JUAN, *de pie mirándola.*

JUAN. Ana, te digo que si.
ANA. Te digo que no, embustero.
JUAN. Yo te ví.
ANA. Mientes.
JUAN. Tú, tú.
Dí, ¿piensas que yo soy ciego?
ANA. Ves visiones.
JUAN. Ana, Ana,
mira que me desespero.
No me niegues lo que he visto.
ANA. ¿Y qué ha visto el señor terco?
JUAN. ¿Que qué he visto? ¡Pues me gusta
la pregunta!
ANA. Eres muy necio.
JUAN. Y tú muy... muy...
ANA. ¡Deslenguado!

675115

JUAN. No sé cómo me contengo.
ANA. Pero ¿qué ha visto usted? Diga.
JUAN. ¿Usted? Pues usted, me avengo.
¡Pensarán las cortesanas
que en provincia somos lerdos,
sordos, ciegos, mudos, babias,
y nos mamamos el dedo!
Usted sepa, señorita,
que no soy nada de esto;
y aunque Juan, no tengo lanas,
y aunque de provincia, entiendo
cuándo una mujer es falsa,
cuándo juega un gatuperio,
cuándo engaña, cuándo quiere,
cuándo se está divirtiendo,
y en fin, todo lo que saben
estos monos de su pueblo.
ANA. Descomedido anda usted;
y como me enfade, creo
que será ya la vez última
que nos veamos y hablemos.
JUAN. Si eso es lo que quiero yo.
Pues ¿qué pensaba?
ANA. ¡Al infierno!
(*Va á salirse por la puerta derecha. Juan queda un momento inmóvil, y despues corre y la sujeta.*)
JUAN. Pero, Ana, pero, Ana,
cuando yo tanto te quiero
¿piensas que he de ver tranquilo
lo que he visto hace un momento?
Pues qué, porque el señorito
sea marqués, ¿tiene derecho
á que le ajustes la bata,
para mientras darte un beso?
ANA. Usted me ultraja.
JUAN. Lo he visto.
ANA. ¿Dónde?
JUAN. Escondido.
ANA. No es cierto.
JUAN. Negarás que existe Dios.
ANA. Bien, basta ya; separémonos.

Si usted es quien lo desea
yo tambien.

JUAN. No he dicho eso.
Lo que yo quise decirte
es que... que...

ANA. No hay ya remedio:
puesto que los provincianos
tienen tan grande talento,
desenvuelva usted el suyo,
y váyase allá á su pueblo
á buscar una fregona
que no se esté divirtiendo. (*Va á irse.*)

JUAN. Ana, Anita. (*Con zalameria.*)

ANA. ¡Pues me gusta!
¡Vaya un hombre! ¿Conque un beso?
Y dígame usted: si acaso
esto hubiera sido cierto,
¿no pudiera usted tenerse
por feliz con solo verlo?

JUAN. ¡Por feliz!

ANA. Eso es muy claro;
en Madrid y en estos tiempos
asustarse por tal cosa,
cuando siempre estamos viendo
un conde con la duquesa,
la condesa y un banquero,
un diputado que va
con la que quiere un empleo
para su marido, Juan
que salió porque entró Pedro...
Eso es estar á la moda,
lo demas cosa de pueblo.

JUAN. ¡Conque esa es la moda!

ANA. Es claro.

JUAN. Pues, hija, estoy por lo viejo.
¿Y es moda que los marqueses
prodiguen tanto sus besos?

ANA. Es usted muy fastidioso,
muy receloso.

JUAN. No niego
que...

ANA. Que me está usted cansando,

y ademas se acabó esto.

JUAN. Ana, por Dios. (*Acercándose.*)

ANA. Quite usted.

JUAN. No hay usted que valga.

ANA. Creo
que si usted hubiera visto
eso que dice del beso,
debiera estar muy alegre,
si, señor, muy satisfecho;
porque sabiendo que tú (*Con zalameria.*)
eres á quien solo quiero,
que me bese el señorito
debe halagarte en extremo;
pues puedes decir: mi gusto
provinciano no es perverso:
cuando la besa un marqués
es porque tendrá gran mérito.

JUAN. Pues, señor, vivir y ver:
ya que estamos en un pueblo
en que hay tal moda, sigamos.

ANA. ¿No te gusta?

JUAN. No me avengo.
(*Suena una campanilla*)

ANA. La señorita.

JUAN. No tal,
es el señor. (*Vuelve á oirse.*)

ANA. Voy corriendo.

JUAN. No, voy yo, que sé muy bien
ajustar la bata al cuerpo.
(*Sale por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA II.

ANA.

¡Jesus y qué fastidioso!
Si no fuera por la falta
que hace un novio, ya le hubiera
ensartado calabazas.
¡Maldita sea la pobreza!
Es terrible que no salgan
á nosotras novios, fuera

de estos chismes y otras gangas
como escribientes, silbantes
ó estudiantes de la Alcarria.
¿Qué tienen mas las señoras
que yo, sino caras lánguidas,
achaques, melindres, nervios,
gran follaje y poca gracia?
¿Qué adelanto con que digan
al mirarme, adios, mi alma,
es bonita, ¡vaya un talle!
si luego es todo farándula,
y si sola salí, vuelvo
sola ó mal acompañada,
con un mozuelo estragado
hasta meterme en la casa?
¿A qué? A escuchar las sandeces
de ese Juan, que es todo un babia.
Vamos, sin duda mi madre
al concebirme pensaba...
¿qué sé yo en qué pensaria?
En cosas de aristocracia.
¡Y yo ajustarme á criados!
Hay para ahorcarse de rabia.

ESCENA III.

ANA *y* ENRIQUE, *por la puerta del fondo.*

ENR. Adios, Ana, buenos dias.
ANA. Dios le guarde, señorito.
¿Cómo? ¿ya por la señora?
ENR. No: ¿y tu señor?
ANA. (*Ap.*) (¡Qué marido!)
ENR. ¿Está en casa?
ANA. Voy á verlo.
Pienso que no habrá salido.
Con su esposa y la de usted
almorzó, y ya no le he visto.
ENR. ¿Mi esposa almorzó tambien?
(*Con amargura.*)
ANA. El señor es muy cumplido. (*Con malicia.*)
ENR. ¿Quieres ver si está?

ANA. Corriendo.
ENR. Dile que aqui está su amigo.
ANA. ¿Y si está con su señora
de usted?
ENR. ¿Cómo? (*Con ira.*)
ANA. Señorito,
hablando.
ENR. Creo que mi esposa
no tendrá tanto egoismo.
Es la una, y á las diez
á ver tu señora vino.
Dí le espero; ya sabes
que siendo su favorito
el marqués no se me niega.
ANA. (Piensa... ¡Cosas de maridos!)
Voy al punto. Está usted triste.
(*Con zalameria.*)
ENR. No.
ANA. El casto José bendito.
¡Ni una palabra siquiera!
El servir es un martirio.
(*Se marcha con rabia por la puerta segunda izquierda.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE, *con sarcasmo.*

Bien, muy bien. ¿Está usted triste?
No hay para qué estarlo. Rio.
¿Qué me falta á mí en el mundo?
Tengo una esposa, un amigo;
amigo que me protege,
que vió su infancia conmigo.
¡Oh, desengaños del alma,
malditos siempre, malditos!
¿Cómo he de obrar? De otro modo
fuera un desagradecido;
pero no, tengo ya hoy
casi pruebas, no ya indicios,
y habré de hacerle beber
la sangre del sacrificio. (*Pausa.*)

Pero, Dios, esto es un caos;
yo estoy ciego en este abismo.
¡Ella que tan complaciente
ahora se muestra conmigo!
¿Y qué he de hacer? ¿Separarme?
Llevaré en el rostro el signo
del deshonor. ¿Encerrarla?
Dirán: crueldad de marido.
¿Matarlo? Ella me odiará;
fuera un crímen, un delito,
y una muerte de un instante...
ese es muy poco martirio.
¿Matarme yo? No, no, no,
el mundo es muy divertido.
No moriré hasta que él guste
la sangre del sacrificio.

ESCENA V.

ENRIQUE *y* CÁRLOS *por la puerta segunda izquierda.*

CAR. Adios, Enrique, temprano
tengo el gusto de abrazarte.
ENR. He venido á saludarte.
CAR. Aprieta, aprieta esa mano.
¿Qué es esto?
ENR. No hay oficina...
¿Tú sigues bien?
CAR. Bah.
ENR. ¿Y Elena?
CAR. Como siempre, mala y buena,
sabes guarda esa rutina.
ENR. ¿Vino Matilde?
CAR. Ahí está.
Elena está palpitante
si no la tiene delante.
¿No entras?
ENR. No.
CAR. ¿Te marchas ya?
ENR. No, mas aqui estamos bien.
CAR. Tú siempre triste.
ENR. ¿Qué quieres?

en Madrid no hallo placeres.
CAR. ¿Estás enfermo?
ENR. Tambien
sufro un poco.
CAR. La mudanza;
quien vino del medio dia,
bastante extraño seria
no sintiera destemplanza.
Pero me ocurre un remedio.
¿Tú cazas?
ENR. Cacé.
CAR. Corriente,
yo tengo un coto excelente.
ENR. (*Ap.*) (¡Me prepara un nuevo asedio!)
CAR. Los aires de un campo ameno
disiparán tus suspiros:
te marchas, das cuatro tiros,
y vuelves alegro y bueno.
ENR. Yo agradezco tu intencion,
Carlos.
CAR. ¡Qué agradecimiento!
Yo te quiero ver contento.
ENR. No puedo.
CAR. ¿Por qué razon?
Tengo un maldito negocio
que me impedirá ir contigo,
pero irás con un amigo
que quiera distraer el ocio.
¿Conque?
ENR. Nada, ¿y la oficina?
Estoy haciendo un registro.
CAR. Yo hablaré con el ministro.
¡Vaya una excusa divina!
Matilde aqui quedará
con Elena.
ENR. (*Ap*) (¡Infame!)
CAR. ¿Si?
ENR. No puede vivir sin mí.
CAR. Ni tú sin ella quizá.
Ay, estos recien casados
no saben seguir buen plan,
siempre uniditos estan

para verse antes cansados.

ENR. ¿Qué quieres?..

CAR. Haz lo que yo,
al otro dia de mi boda,
salí con mi gente toda
y en tres meses no me vió.
Y á vuelta de mi partida
de caza, hallé suspirando
ya por mí á mi mujer, cuando
hubiera estado aburrida
si esos meses de delicias
viéndola jóven y bella,
me hubiera estado con ella
abrumándola á caricias.

ENR. No creo que Matilde sea
entonces cual tu mujer.

CAR. Eso bien pudiera ser.

ENR. Siempre mi vista desea.

CAR. (*Ap.*) (Necio.)

ENR. Carlos, yo queria
presentarte aqui un amigo
que solo cuenta conmigo
en Madrid. El otro dia
llegó desde el extranjero;
vive con sus reflexiones,
y le busco relaciones,
porque es muchacho que quiero.

CAR. Con mucho gusto, querido.

ENR. Pues le traeré de contado.
(*Ap.*) (Pronto quedaré vengado.

CAR. (*Ap.*) (Muy pronto serás ungido.)
(*Enrique toma el sombrero para retirarse.*)
Conque ¿aceptas la partida?

ENR. Hablaremos mas despacio
despues.

CAR. No te andes rehacio.

ENR. Hasta luego.

CAR. Adios.

ENR. (*Ap. con amargura.*) (¡Qué vida!)
(*Sale por el fondo, al mismo tiempo que entran Elena y Matilde por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA VI.

CÁRLOS, ELENA *y* MATILDE.

ELENA. ¿Daremos nuestro paseo?
MAT. Hija, hoy no puede ser.
ELENA. ¿Y me dejarás ir sola
en el carruaje?
MAT. Me es
imposible. Tengo en casa
mil cosas que disponer.
¿Quién era, Cárlos?
CAR. Matilde,
era su esposo de usted.
MAT. (*Ap.*) (¡Qué posma!)
CAR. Piensa marcharse
á mi coto de Aranjuez
á cazar algunos dias.
MAT. Siquiera por dos ó tres
meses. (*Ap. á Cárlos*)
CAR. Ha ido por un chico
que ahora mismo va á traer
á presentarnos.
MAT. Sandeces.
ELENA. Jesus, Matilde, ¿por qué?
CAR. Diplomacia. (*Ap. á Matilde*)
MAT. (*A Cárlos.*) ¿Usted no sale?
CAR. No, tengo mucho que hacer.
ELENA. Cárlos es muy oficioso.
CAR. Dispénsame.
ELENA. No hay de qué,
la soledad me divierte.
¡Piensa una sola tambien!..
¿No es verdad?
CAR. (*Ap.*) (¡Siempre con pullas!
Señor, ¿por qué me casé?)
MAT. Si, los hombres siempre tienen
dos mil negocios que hacer;
nosotras todas quisieramos...
ELENA. Lo que ellos deben querer.
Estar viendo á sus mujeres.

CAR. (¡Buen martirio!) Si, eso es.
¡Singular monotonia!
Y los negocios... ¡pardiez!
Viene algun amigo á vernos,
nos convidan á comer,
hay que mirar las haciendas,
un dia de caza; no á fé,
segun las máximas tuyas,
deberemos responder
los reverendos maridos,
estoy viendo á mi mujer.
¿Hay mas que hacerse ermitaños
y acabaras de una vez?

ELENA. No te incomodes, dispensa.

CAR. Dispensada. No hay de qué.

MAT. ¿Conque no sale?

CAR. No. (*Ap. á Matilde.*) Luego...
aguárdeme usté á las tres.

MAT. ¿Y Enrique? (*Ap. á Cárlos.*)

CAR. (*Id. á Matilde.*) Ningun cuidado:
me avendré luego con él.
(*Alto.*) Matilde, usted me dispense,
voy al despacho.

MAT. Marqués,
¿viene usted con etiquetas?

CAR. Adios.

MAT. Adios.

CAR. (*Ap. á Matilde.*) A las tres.
(*Se interna por la puerta lateral derecha.*)

ESCENA VII.

ELENA *y* MATILDE.

ELENA. Hé aqui los hombres, Matilde.

MAT. Hija, pues eso se sabe.
Cuando cortejan á una
todos son tiernos, afables;
todos rendidos, sumisos,
hasta despues de casarse.
¡Oh! si una les amara
seria un martirio grande

notar tal metamórfosis.

ELENA. ¡Oh! tú no puedes quejarte.
Tu marido adora en tí:
¡es tan bueno, tan amable,
tan honrado!...

MAT. Los extremos
son viciosos. Nadie sabe
lo que es vivir con un hombre
como Enrique. Voy á bailes,
y hélo que viene conmigo;
no puedo escuchar á nadie
con agrado, si echa flores:
se entristece como valse
muy unida á la pareja:
si rio con los galanes,
si hecho el lente en el teatro,
si miro á alguno en la calle,
en fin, hija, es un martirio
estupendo, insoportable.

ELENA. Pero ¿no le amas, Matilde?

MAT. Si, tengo que conformarme;
pero amara mas á un hombre
menos necio, mas sociable.

ELENA. Tu quisieras un marido
cual Cárlos.

MAT. ¿A qué negarlo?
Con cualquiera estaria bien
en teniendo otro carácter
que el de Enrique.

ELENA. Con su suerte
ninguno contento hay.

MAT. ¿No amas tú á Cárlos?

ELENA. Si, si;
me lo mandaron mis padres,
y ahora es solo mi deber
el quererle y respetarle.
No puede ser de otro modo:
es tan bueno, tan afable,
hace tan bien olvidar
las amarguras que trae
un inmenso sacrificio
como el que hice al casarme!

Yo amaba á un hombre; mi alma
era suya; él era un ángel,
y juramos ante Dios
ser esposos, al marcharse
á recibir una herencia
de que era dueño allá en Nápoles.
Pasó tiempo, pasó un año
sin saber de Luis por nadie,
cuando el marqués me pidió
en matrimonio á mis padres.
Era feliz el partido:
una hija de un comandante,
por llamar esposo á un título,
bien puede sacrificarse.
Luis ni una vez me habia escrito,
me rogó mucho mi padre,
me trastornaron el juicio
el corazon despertándome
á la ambicion mas fantástica
con áureas idealidades.
Yo era una niña, no habia
quien me sostuviera, nadie,
y entre aquel vértigo insano
voló del alma una imágen;
y al ser esposa de Cárlos
solo comprendí mis males.

MAT. ¿Conque estás enamorada?

ELENA ¿Yo, Matilde? No, de nadie.
Tengo demasiado orgullo
para querer prosternarme
á un amor que me burló
un hombre ingrato olvidándome.

MAT. Pero si le vieras...

ELENA. No.
Venceria las tempestades;
y aunque él fiel me hubiera sido
yo le mandara alejarse,
y con sacrificio nuevo
no fuera nunca culpable.

MAT. ¡Pero si no amas á Cárlos!

ELENA. No amaré tampoco á nadie.
Las flores del corazon

miré poco á poco ajarse:
viviré con mi indolencia,
aun cuando el alma me mate.

MAT. Tú, Elena, no perteneces
á este siglo. ¿Ves á alguien,
á alguna mujer tan cándida
que se entregue á tales males,
y mas viviendo en la córte,
donde nadie sufre, nadie,
por el amor, sofocado
por un vértigo adorable?
Si tu esposo no te ama,
verás rendidos galanes
que te hagan olvidar
sentimientos deleznables.
No, no; marquesa y tan jóven,
no debes ensimismarte.
Tú puedes gozar muchísimo,
postergar á cien rivales,
ser joya en la sociedad,
flor codiciada en los bailes:
eso es vivir solamente;
de lo contrario encerrarse
en un convento. ¡Ay! si yo
tuviera tu esposo, nadie
mas feliz, mas divertida
que la hija de mis padres.

ESCENA VIII.

DICHAS, *y* ENRIQUE *y* LUIS *por el fondo.*

ELENA. (*Ap. con movimiento de sorpresa.*)
(¡Cielos, Luis!)

LUIS. (*Id. id.*) (¡Cielos, Elena!)

ENR. Marquesa, á los pies de usté.

MAT. (*Ap.*) (¡Esta turbacion!)

ENR. (*Ap.*) (Llegué
hoy á tiempo.) ¿Está usted buena?

ELENA. Gracias... estoy regular.
¿Y usted?

ENR. Yo siempre contento.

ELENA. Tomen ustedes asiento.
LUIS. Gracias. (*Se sientan.*)
MAT. (*Ap.*) (¡Si no puede hablar!)
ENR. Señora, con su permiso
presento á este caballero
que viene del extranjero.
Antes dí á Cárlos aviso.
Don Luis. .
(*Elena saluda con la cabeza.*)
LUIS. (*Ap.*) (¡Infame mujer!)
ENR. De Alcántara.
(*Vuelven á hacerse el mismo saludo.*)
MAT. (¿Luis? él es,
ya afiancé mas al marqués,
no hay duda...)
ELENA. (*Cortada.*) Tengo un placer...
LUIS. El placer es mio, señora;
ya que á Madrid he venido,
de haber á usted conocido
me congratulo.
ELENA. (*Ap.*) (Devora
mi alma.)
ENR. Aqueste señor
es amigo de mi infancia.
MAT. (*Ap.*) (Es guapo.)
ENR. Y es sin jactancia
tal vez mi amigo mejor.
LUIS. (*Ap.*) (¡Me ha vendido! infiel, perjura!)
ENR. ¿Y Cárlos salió?
ELENA. No sé.
(*Ap.*) (Ay, Dios del alma, ¿por qué
esta nueva desventura?)
(*A Luis.*) ¿Y la córte á usted le agrada?
LUIS. Un paraiso hallo en ella,
y á mas, con mi buena estrella
nada encuentro odioso, nada.
ELENA. ¿Es usted feliz?
LUIS. Si, á fé,
de Nápoles he venido
y no estoy arrepentido,
que aqui dichas encontré.
MAT. Sin duda que enamorado

está usled ya aqui.

LUIS. No niego,
como el amor es de fuego
me siento un poco abrasado.
Es verdad que en mi pais
existirá quien me espera,
pero si yo no mintiera
no fuera del siglo Luis.

MAT. Es carácter singular.

LUIS. ¿Y qué tengo de decir?
Los labios para mentir,
los ojos para engañar.

ELENA. ¿Conque tal juzga usté el mundo!

ENR. (*Ap.*) (Se cumplirá mi venganza.)

LUIS. Si, se alienta una esperanza
y se ahuyenta en un segundo.
Señoras, pido perdon
de mi inaudita franqueza,
pero pierdo la cabeza
al hablar del corazon.

ELENA. (*Ap.*) (¡Oh! me asesina la hiel
de sus palabras, Dios mio.)

LUIS. Yo del amor ya me rio.

MAT. ¡Tan jóven!

LUIS. Soñar con él
es delicia embriagadora,
es angelical consuelo;
mas amor nos sube al cielo
para arrojarnos, señora.
Y asi, yo que comprendí
lo torcido de su idea,
dije, conmigo no sea
y mis afectos vendí.
Quien arrulló una pasion
lleva siempre por divisa,
en los labios la sonrisa,
la hiel en el corazon.

MAT. De un modo muy general
se expresa usted.

LUIS. Mas es cierto
que... señora, me divierto
con ser tan original.

NR. A ver á Cárlos, marquesa,
con su permiso yo voy.
ELENA. Sin etiquetas. (*Distraida.*)
ENR. (*Ap.*) (Ya estoy
cual pensé.) Vuelvo.
(*Se marcha por la puerta lateral derecha.*)

ESCENA IX.

TODOS, *menos* ENRIQUE.

MAT. ¿Confiesa
usted que es excepticismo
juzgar asi?
LUIS. Si, tal vez,
y añado es ridiculez
el amar con egoismo.
MAT. ¿Habla usted ingenuamente?
LUIS. Digo solo lo que siento;
jamás mentí ni ahora miento,
que es mal verdaderamente.
Ya que es un juego el amor
y del que pierde se rien
los que ganan, y se engrien
burlándose del dolor,
oh, yo que nunca he perdido,
reiré por toda mi vida
con mi suerte bendecida
que tan risueña me ha sido.
(*Ap.*) (¡Oh!)

ESCENA X.

LOS MISMOS, *y* ANA *por la derecha.*

ANA. Señorita Matilde,
su esposo de usted la llama.
LUIS. (*Ap.*) (Es sorprendente.)
MAT. (*Con curiosidad.*) ¿Mi esposo?
ELENA. (*Ap.*) (¡Va y despues por ella manda!
¿Que es esto?)
ANA. Si, el señorito.

LUIS. (*Ap.*) (Es decirme que me vaya?)
MAT. No sé lo que ocurrirá.
(*Saludando á Luis y hablando á Elena.*)
No extrañes, creo que le trata
á este jóven mi marido
con bastante confianza.
Voy con permiso de usted.
ELENA. (*Ap.*) (Le falta valor al alma.)
(*Se marchan Matilde y Ana por el fondo.*)

ESCENA XI.

LUIS *y* ELENA.

LUIS. Perdone usted, señora; me retiro.
ELENA. Luis, ténme compasion.
LUIS. Mujer ingrata,
al que exhaló suspiro tras suspiro,
su corazon se esprime y se le mata.
ELENA. Tú me olvidaste. (*Con angustia.*)
LUIS. Bien, es muy del caso
atenuar las faltas con disculpas.
Si diste ya como perjura un paso,
¿á qué buscar á quien echar las culpas?
ELENA. Yo no supe de tí.
LUIS. Ni yo tampoco,
y cien cartas á Cádiz te mandaba:
tu silencio ¡ay de mí! teníame loco;
mas tu imágen aqui siempre flotaba.
ELENA. Yo nada recibí, no sabia dónde
dirigirme á escribirte.
LUIS. Y por lo tanto,
¿tenias derecho, Elena, dí, responde,
para anegarme la existencia en llanto?
ELENA. Sé generoso, Luis; si mi honda pena
piensas no es suficiente á mi martirio;
si esta desolacion que mi alma llena
no es castigo bastante á mi delirio,
mátame por piedad, yo fuí perjura,
yo encadené tu corazon ingrata.
LUIS. Dios inflexible, si ahoga la amargura,
¿por qué, por qué mi corazon no mata?

¿Olvidaste quizás que el alma mia
despertó ante tu amor? ¿que eras del cielo
la estrella de mi loca fantasia,
el ángel tutelar de mi consuelo?
¿Olvidaste que un alma descreida
un altar erigió con tus amores?
¿que un corazon te consagró su vida
forjando un mundo de inmarchitas flores?
¿Olvidaste que un pecho enamorado
te idolatró para su inmensa gloria?
¿que fuiste tú su sueño nacarado,
de sus amores la primera historia?
¿Olvidaste que errante y peregrino?..

ELENA. (*Ap.*) Rompe mi corazon con sus pesares.

LUIS. Si eran los desengaños mi destino,
¿por qué no encontré tumba entre las mares?

ELENA. No soy culpable, no; yo te adoraba
como la flor naciente al nuevo dia:
tu amor, solo tu amor divinizaba
entre ilusiones la esperanza mia.

LUIS. Náufrago triste, en el aciago mundo
busqué las playas del risueño puerto;
fué mi entusiasmo al verle muy profundo;
mas al pisarle me encontré un desierto.
Yo que al dejar mi patria, mis hogares
y de sus playas la querida arena,
un suspiro lancé sobre los mares,
un suspiro tan solo por mi Elena!...
Yo que en la Italia, en la mansion del cielo,
ni hallé delicias ni encontré su encanto,
y viéndote mecer con aéreo vuelo,
solo, intranquilo me anegaba en llanto;
mientras que tú, perjura á tus amores,
con sonrisa feliz me escarnecias,
y corona nupcial de puras flores
en brazos de un rival entretegias!
¡Y yo te hablaba al despuntar la aurora
como sombra celeste inmaculada!...
¿Y á qué tales recuerdos traer ahora?
Yo no sentí jamás ni siento nada.

ELENA. Luis, Luis, si acaso de tu amor me resta
allá en tu corazon algun resquicio,

dame el perdon que tu ventura cuesta,
no me quieras lanzar al precipicio.
Vivirás siempre aqui; te diré luego
la ingratitud de mi angustiada suerte;
apaga, apaga tu adorado fuego;
es mi deber á tu ilusion dar muerte.

LUIS. Hé aqui de la mujer lo mas hermoso.
Saben sin duelo desgarrar el alma,
y con solo decir, sé generoso,
piensan volver al corazon la calma.
Es fácil el matar un sentimiento;
yo me reiré cuando mi pecho llore,
y yo me burlaré de mi tormento
cuando mi alma su pesar devore.
Adios.

ELENA. (*Llorando.*) ¡Luis!

LUIS. Un abismo nos separa:
desde el borde por mí sé bendecida.
Aun mucho mas mi corazon llorara
si un momento te viera envilecida.
(*Va á detenerse, hace un esfuerzo sobre sí mismo y sale por la puerta del fondo.*)

ESCENA XII.

ELENA *y* ANA, *por la primera puerta izquierda.*

ELENA. Ana, Ana.

ANA. ¡Señorita!
¿Qué es eso?

ELENA. Nada, un mareo.
Llévame á mi habitacion.

ANA. Pero, Jesus, Dios del cielo,
si está usted como la muerte.

ELENA. No, no es nada.

ANA. Llamaremos.

ELENA. No alborotes. (*Se apoya en Ana.*)

ANA. Vírgen santa;
pero, señora, ¿qué es esto?
¡Hace nada estaba usted
con el rostro tan risueño!...

ELENA. No, no es nada, algun vahido.

(*Ap.*) Luis, ¿por qué á mirarte he vuelto?...
(*Se internan por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA XIII.

MATILDE *y* CARLOS, *por la segunda.*

CAR. ¿Conque no?
MAT. No puede ser.
CAR. ¿Por que?
MAT. ¡Jesus, qué impaciente!
¿Y Enrique?
CAR. Es muy complaciente.
y al cabo le haré ceder.
MAT. Pero si usted no...
CAR. Graciosa
Matilde...
MAT. No, no, señor,
usted va de flor en flor
volando cual mariposa.
CAR. Es verdad; mas la clemencia
del cielo ya conocí.
En usté una flor la ví
y ha embargado mi existencia.
MAT. (¡Cuán distinto á Enrique es!)
Bien: Enrique irá á cazar;
mas queda con quien luchar.
¿Y Elena, caro marqués?
CAR. ¿Quién? ¿mi mujer?
MAT. Es muy claro.
¿Si amara á usted?...
CAR. (¡Qué demonio
de valla es el matrimonio!)
Mire usted, fuera muy raro.
Mas supongo que asi fuera:
con un poco de recato
se puede...
MAT. ¿Fuera usté ingrato
á su amor? Ella que espera
aprisionarle en sus lazos
y ponerle de amor ciego...

CAR. ¿Y para qué?
MAT. Para luego
entregarse en otros brazos.
CAR. ¡Já, já, já! ¡Graciosa idea!
MAT. ¿Se rie usted?
CAR. Si tal, querida.
Seria cosa divertida.
MAT. ¿Conque eso es lo que desea?
CAR. No hallo escrúpulo: quisiera
que mi esposa no me amara
y que á otro se entregara;
mas sin que yo lo supiera.
Y asi, ambos engañados,
fuéramos ambos rompiendo
ese martirio estupendo
que se llama estar casados.
MAT. Pero si usted conociera...
CAR. ¡Oh! no tanto; solo si
que Elena huyera de mí
y yo tambien de ella huyera.
Porque al fin tengo mi honor...
y si notara en él mancha...
MAT. ¿Tomára usted la revancha?
CAR. O alguna cosa peor.
MAT. ¿Conque estaria usted celoso?
Diga usted que no la adora. (*Con disgusto.*)
Falso...
CAR. Estás encantadora
con ese ceño enfadoso.
MAT. Yo que por usted trastorno
(*Fingiendo pena.*)
mi reposo bendecido!
¡Siendo un santo mi marido!...
CAR. Mas le falta algun adorno.
MAT. ¿La ama usted?
CAR. No.
MAT. ¿Y si la viera
en brazos de algun amante?
CAR. Le matara en el instante,
ó... haria lo que usted quisiera.
MAT. Enmiende usted...
CAR. Mataria

á los dos, y entrambos fueramos
felices cuanto quisieramos.

MAT. Pero si sobra un espia.

CAR. ¿Quién, Enrique? si es un santo.

MAT. ¡Conque matar!..

CAR. Soy muy necio.
En tal caso es el desprecio
castigo que causa llanto.
Mas ¿á qué reflexionar?
por mí me encuentro sereno.
Si uno no lo viera, bueno;
pero... en fin, ¿á qué pensar?

MAT. Entonces tambien Elena
por usted será lo mismo.

CAR. ¡Oh! fuera un grande egoismo
pintar la suerte tan buena.
Ya que con ella me uní,
fuera exigencia insultante,
que la hija de un comandante
quisiera un esclavo en mí.
Ella me debe ser fiel
mostrando agradecimiento,
mas yo seguiria contento
no haciendo muy mal papel.

MAT. Usted la ama.

CAR. Señora,
¡yo amar mi mujer! ¡qué idea!
¿puede haber cosa mas fea
que un maridillo que adora
á su cándida mitad?
Matilde, yo lo atestiguo,
eso es ridículo, antiguo,
y de mala sociedad.

MAT. Tiene usted las ocurrencias
que tener puede el demonio.

CAR. Es claro, ya el matrimonio
no gusta sin insurgencias.
¡Ver pasar dia tras dia,
vivir uno para ver
siempre la misma mujer!
¡es atroz monotonia!

ESCENA XIV.

DICHOS, *y* ENRIQUE *por la puerta segunda izquierda.*

ENR. (*Ap.*) (Es completo mi valor,
pensaban solos estar.)
CAR. Enrique, ¿y tu mal humor?
ENR. Lo trato de desechar.
CAR. Asi me gusta.
ENR. (*Ap.*) (Haré alarde
de mi dicha.) Estoy contento.
CAR. (*Ap.*) (¡Qué marido!)
MAT. (*Ap.*) (¡Qué tormento!)
CAR. ¿Y al fin marchas?
ENR. Esta tarde.
CAR. ¡Bien, magnífico! verás
si estás cuando vuelvas bueno.
Es un campo muy ameno,
¡y caza!... tú juzgarás.
ENR. Si, me pienso divertir
de una manera estupenda.
CAR. ¡Bravo! me gusta la enmienda,
mas ¿no quieres asistir
al baile que doy mañana?
MAT. ¿Qué dice usted? (*Ap. á Cárlos.*)
CAR. (*Id. á Matilde.*) No hay cuidado.
Diplomacia, está pensado.
ENR. No, Cárlos, no tengo gana.
Mi alegria es desmedida,
con la caza no hay placer.
CAR. Pues vamos á disponer
ahora mismo tu partida
(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el salon de descanso del baile del Marqués. Está perfectamente alumbrado y decorado. Al fondo se descubrirá una galeria de arcos. Uno al centro, descubierto, y dos á los lados con colgaduras.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO *y* ANTONIO, *vestidos de etiqueta y fumando.*

EDUAR. ¡Encantadora *soirée*!
ANT. ¡Bella noche!
EDUAR. Nunca vi
desde que á Madrid llegué
de Paris, un baile asi,
aunque ciento visité.
Es sociedad elegante
la del marqués.
ANT. ¡Ya lo creo!
EDUAR. Hay damas de gran talante,
restaurant á mi deseo,
y vida encuentro bastante.
ANT. Chico, tienes mas jactancia
con haber estado en Francia

que un embajador prusiano:
desecha la petulancia
y háblame á mí en castellano.
¡*Restaurant*!...

EDUAR. ¡Bah! insoportable
dandy, cosas del buen tono
petulancia despreciable
le llama : es imperdonable;
mas, chico, te lo perdono
con tal que me digas dónde
te hiciste de estos habanos!

ANT. ¿Son buenos?

EDUAR. Son soberanos.
Conque dímelo, responde:
¿cómo han llegado á tus manos?

ANT. Son regalo de mi tio.

EDUAR. ¡Oh, qué adorable pariente!

ANT. Te enviaré un ciento.

EDUAR. Corriente;
pero, chico, siento frio
y el ponche está bien caliente.

ANT. ¿Otra vez! Hueles á rom.

EDUAR ¿Y quién viéndolo se libra?
A las damas del salon
gusta tal traspiracion,
pues dicen, ¡hombre de fibra!

ANT. Bien, te espero.

EDUAR. Monigote,
tú tan solo con las bellas.
¿No valen mas las botellas?
Ven á beber, no seas zote,
déjalas, con mil centellas.
¿No sabes que es de mal tono
el andar enamorado?
Yo á un hombre tan degradado
nunca, nunca lo perdono,
ni nunca está bien mirado.
Sigue mi plan: hecho flores
sin distincion de colores;
flores que todas entienden,
y todas asi me atienden
para ganar mis amores.

¡Es un lance singular
estar con una mujer,
sin oir, ver ni balagar
mas que á ella sola, y jurar,
(*Declamando.*)
eres solo mi placer, (*Ridículamente.*)
eres mi bien, mi consuelo,
mi diosa, mí amor, mi cielo...
¡Eh! ¡cosa mas estupenda!
Yo asi fuí; mas hice enmienda
y á mi nuevo plan apelo.
Y mientras uno está asi
hecho un jumento de amor,
hay doscientas por allí
que harán mas burla de tí
que yo al mirar un doctor.
Son todas hijas de Eva:
á tenerlas caridad,
y asi verás humildad,
sin que ninguna se atreva
á rehusarte su amistad.

ANT. Bien, muy bien, señor Tenorio.
¡Vaya un discurso elegante!
Pero lo encuentro ilusorio;
ninguna creerá...

EDUAR. Al instante;
les hablas de desposorio.
Mira yo. ¿Ves? Esta noche
llevo ya cinco conquistas.
Aprende y no te resistas.
La que se enredó en mi broche
y otras cuatro no muy listas.

ANT. ¿Matilde!...

EDUAR. La del enredo.
¿Qué tiene de singular?
Me puse á desenredar,
me ayudó, la cogí un dedo,
no se enfadó, empecé á hablar,
me dió una flor y una cita
al cabo de media hora,
y me alegro, es muy bonita,
y tiene una voz bendita

y una mano seductora.

ANT. ¿Te aseveras en lo dicho?
¿Matilde?...

EDUAR. ¿Qué duda tienes?
Lo sostengo.

ANT. ¿Lo sostienes?

EDUAR. ¿Está libre de un capricho?
Si quieres, conmigo vienes.
Aqui te muestro su flor,
que no sé por qué la guardo.

ANT. (*Ap.*) ¡Aleve!

EDUAR. Creo sin error...

ANT. (*Ap.*) ¡Falsa, ingrata!

EDUAR. Que es un nardo.
(*Riendo.*) Primer suspiro de amor.

ANT. ¿Y cuándo?

EDUAR. Mañana tarde.

ANT. (*Ap.*) ¡Mujer coqueta y perjura!

EDUAR. ¿Vendrás? Es cosa segura.

ANT. Mas tiembla si haces alarde
de alguna vil impostura.

EDUAR. ¿Qué quieres decir?

ANT. (*Con enfado.*) ¿Yo? Nada.
(*Ap.*) ¡Mi felicidad deshecha!

EDUAR. Chico, tu gesto me enfada
no sé por qué: es cosa hecha,
pues ya la tengo apuntada.
(*Ap.*) Sin duda él quedó á la luna.

ANT. ¿Y cuál es la hora?

EDUAR. La una
de la noche.

ANT. (*Con imperio.*) Bien, entremos.

EDUAR. Ese acento me importuna.
¿Nos veremos?

ANT. Nos veremos.
(*Desaparecen ambos por el fondo.*)

ESCENA II.

ELENA *y* MATILDE, *por la derecha de la galeria.*

MAT. ¡Já, já! en mi vida me he visto

tan alegre y divertida:
dos horas estoy aqui
y llevo dadas diez citas.

ELENA. ¿Has perdido la cabeza?

MAT. Déjame tú á mí, querida:
hasta aqui estuve reclusa,
mi marido me oprimia;
mas ya que marchó de caza,
dime, ¿quién no se desquita?

ELENA. No te comprendo, Matilde;
mas juiciosa te creia.

MAT. Este sí que es dulce vértigo:
ya no estoy arrepentida
de estar casada.

ELENA. ¿De veras?

MAT. No, pues antes mi familia
hubiera estado conmigo,
y ahora veo que llegan dias
en que libre de parientes,
cancerberos y de homilias,
se va el marido de caza
y una es libre.

ELENA. Me horripilas
con tan extraño lenguaje.

MAT. ¿Y qué quieres que te diga?
Es el baile estando sola
mi mas suprema delicia.
¡Tanta sociedad! un jóven
que tiembla si una lo mira;
otro mas impertinente,
que un vals ó polka mendiga.
Tenorios de treinta años,
que erguidos siguen la pista,
envanecidos y necios,
con el pulgar en la sisa.
El venerable que valsa,
con su cara relamida,
temiendo que el peluquin
comprometa sus delicias.
¡Oh! todo, todo en un baile,
estando sola, me anima.
Ver cuál cortejan airosos

galanes, que con la vista
nos quisieran devorar:
oir risueñas sus malicias
y sentirse por sus brazos
y la música impelidas,
eso es gozar, ser feliz
en un mundo de delicias.

ELENA. Pero, Matilde, recuerda
que eres casada.

MAT. Bien, hija;
y por lo tanto, está bien
que de placeres desista?
Una mujer es mujer
mientras le dura la vida.
Pues qué, porque esté casada
¿le han de importunar las risas,
la animacion y las flores
que á su mérito prodigan?
¡Estar casada, eso es,
estar enterrada en vida!
O peor, con un marido
que no hay diablos que resistan
en empezando á sermones
ó á estúpidas ironias.

ELENA. (*Ap.*) Estas almas solo gozan,
las demas se martirizan.

MAT. Dime, Elena, ¿y tú no bailas?
¿por qué?

ELENA. Porque me fastidia.

MAT. ¿Vistes á Cárlos?

ELENA. Si tal.

MAT. Como hoy han sido sus dias
no hace caso el picarillo
de sus mejores amigas.

ELENA. Pues le vi bailar contigo.

MAT. Un poco.

ELENA. (*Ap.*) ¡Cuántas perfidias!
mas fuera mas sufrimiento
resistiendo sus caricias.

MAT. Vamos, vamos al salon,
y has de bailar, Elenita.
Diviértete.

ELENA. (*Con sarcasmo.*) Gracias, gracias,
eres mi mejor amiga;
nadie toma el interés
que tú porque no me aflija.
(*Salen por el fondo.*)

ESCENA III.

ENRIQUE *por la galería izquierda.*

¡Me cree ausente la perjura!
mas héme aqui por vengar
mi angustioso malestar,
mi desolada amargura.
¡Mujer malvada é impura!
¡amigo hipócrita, infiel!
¿qué mal le causé yo á él
para que asi me lacere
este corazon que muere
en un piélago de hiel?
¡Matilde!.. ¿Por qué mis ojos
inmaculada la vieron,
y pura flor la creyeron
ortiga siendo entre abrojos?
¡Oh! no, ya no son antojos
de una mentida ilusion;
¿y he de amarla con pasion
viéndola mentir su fé?
si la amé como la amé,
¿por qué esprime el corazon?
¡Cárlos!.. El mundo es muy bueno,
muy sabia la sociedad,
muy sincera la amistad,
el santo amor muy ameno!..
Pero no, en tu alma de cieno
represalias yo buscando,
iré lento derramando
con sarcástico delirio,
la sangre de este martirio
que el corazon me está ahogando.

ESCENA IV.

ENRIQUE *y* LUIS, *que entra por el fondo.*

LUIS. ¿Enrique?
ENR. ¿Luis?
LUIS. Perdona mi tardanza.
ENR. No te esperaba ya.
LUIS. Pues aqui estoy
embriagado de dicha y esperanza.
¡Cuánto esta noche á divertirme voy!
ENR. No habla tu corazon.
LUIS. ¿No? ¡qué delirio!
ENR. ¿Sufres quizá?
LUIS. No, no, tranquila el alma
ni conoció jamás hondo martirio,
ni un solo instante perturbó su calma.
ENR. (*Ap.*) (¡Infeliz!)
LUIS. Mi destino me contenta,
nunca esperé al pisar el patrio suelo,
que el alma juvenil de amor sedienta
en sus recintos encontrara un cielo.
ENR. ¿Amas? (*Ap.*) (¡Siempre fingir!)
LUIS. El pecho mio
adora un ángel de ilusion y amores,
y lejos de mostrarme ella desvio,
me brinda un mundo con tapiz de flores.
ENR. Entonces, si las horas de tu vida
son halagadas del placer sincero,
con ella te unirás.
LUIS. Si, mi querida
asi me lo juró y asi lo espero.
¿Cómo es posible que la vírgen pura
que un alma despertó de su letargo,
quisiera luego siéndome perjura
su conciencia empañar con hondo cargo?
ENR. (¡Cuánto sufre!) Pues bien, si llega el dia
gozarás un eden cual yo lo gozo,
y si tu amada es como la mia,
gózate de antemano en tu alborozo.
LUIS. ¿Te ama Matilde?

ENR. Si, como á su honra,
me sumerge en un cielo de delicias,
me es fiel; ¿quién teme nunca la deshonra
si siempre está buscando mis caricias?
¿Te casarás?

LUIS. Si, si.

ENR. (*Con sarcasmo.*) Es el matrimonio
la paz que al hombre le concede el cielo,
hombre que no se casa es un demonio
que reniega de dicha y de consuelo.
Si eso es muy natural, quien vive solo
ese la paz del cielo no desea,
es un ente ridículo, es un bolo;
bendita tal union, bendita sea.
Bien que loco padezca el pensamiento
porque la esposa degradó su nombre;
pero el estar casado es un contento
que Dios mandó para consuelo al hombre.
Quien cruza vida tal, es muy dichoso,
y si tiene un amigo verdadero,
si adora en su mujer, es un esposo
á quien debe envidiar el mundo entero.
(*Luis se arroja en los brazos de Enrique, ambos con la mayor amargura, y extremadamente conmovidos.*)

LUIS. ¡Enrique!

ENR. ¡Luis!

LUIS. Tú sientes la amargura,
ese infinito torcedor del alma,
tú puedes comprender mi desventura
y no matarme con la estóica calma.
¿Por qué reir si nuestros dulces lazos
no abrirán al escarnio mudas puertas?
Yo tengo el corazon hecho pedazos,
las playas de mi vida estan desiertas.

ENR. ¡Yo amigo infiel! (*Ap.*)

LUIS. Tú solo sin saberlo
descorristes el velo á mi destino.

ENR. (¿Por qué, gran Dios, determinéme á hacerlo?

LUIS. De hoy mas serán escollos mi camino.
Yo amaba á una mujer, luz de pureza
que en nacarado cielo sonreia,

yo idolatré su cándida belleza,
ébrio de dichas y esperanza un dia
fué mi primer amor; ella halagaba
cual célica ilusion mi fiel cariño;
ser mi esposa, mi Elena me juraba,
haciendo hervir mi corazon de niño.
Y al dejar yo de Nápoles las playas,
siempre del bergantin sobre cubierta,
en las brumas del mar via las murallas
de esa mi Cádiz que encontré desierta.
Y devorando mi fatal zozobra
quise abarcar el mundo con mi vuelo,
y tú, inocente, me mostraste la obra
de un ángel terrenal que fué del cielo.

ENR. ¡Oh! perdóname, Luis, yo lo sabia;
eras único fin de mi venganza,
de una venganza en cambio á mi agonia
del que robó mi dicha y mi esperanza.
Yo tu amor descubrí, supe que Elena
no te podria ver indiferente,
porque de sentimiento su alma llena
se agita en torno de su mal creciente.
Porque el primer amor nunca se olvida,
porque es mas desgraciada que culpable,
y porque tiene un alma bendecida
en donde la amargura es insondable.
Yo vi á Cárlos traidor robar mi calma,
romper mi pecho, trastornar mi juicio,
y dije para mí, si tiene alma
le haré participar del sacrificio.
Elena amará á Luis, en los vapores
se alzará de ilusion, su pecho es tierno,
y mientras ellos gozan sus amores,
Cárlos, cual yo, que viva en un infierno.
¡Oh! perdóname, Luis.

LUIS. ¡Ay! pobre amigo,
para un amor como el que aqui se encierra,
mas que un culpable goce es un castigo
ver á un arcángel transformado en tierra.

ENR. ¿Y no he de hallar venganza á mi martirio
¡Maldita sociedad!..

LUIS. ¡Oh! ténla apego.

¿No ves que maldecirla es un delirio?
mas aqui viene el pérfido.

ENR. Hasta luego.

(*Sale Luis por la galeria del fondo mientras que Cárlos entra con desenvoltura por la de la izquierda.*)

ESCENA V.

CARLOS *y* ENRIQUE.

CAR. (*Sin reparar en Enrique. Con desenvoltura.*)
¡Qué inocente candidez!
Pero calla... ¿Estás aqui?
¿No te fuistes?

ENR. Sí me fuí.

CAR. ¿Y has vuelto desde Aranjuez?

ENR. No, en medio de la jornada
recordé que eran tus dias,
y que un placer sentirias
viéndome aqui.

CAR. (*Con burla.*) Bah, no es nada.
¿Y te ha visto tu mujer?

ENR. Creeré no sepa que he vuelto.

CAR. (*Ap.*) (Por zote te dejo absuelto,
¡marido de Lucifer!)
¿Pero, chico, y la partida?

ENR. Mañana me reuno á ella.

CAR. (*Ap.*) (Tengo la mas mala estrella
que se conoció en la vida.)

ENR. Estaré esta noche acá:
tú te alegrarás, ¿no es cierto?

CAR. ¡Oh! si hallaba aqui un desierto
porque tú no estabas ya.
(*Ap.*) (Imbécil.)

ENR. Yo conociendo
lo mismo, dije, á dejarlos,
no quiero yo que mi Carlos
por mí se esté entristeciendo.

CAR. ¿Y de cuándo acá conmigo
tan complaciente?

ENR. Lo fuí
siempre, como encuentro en tí
mí mas fiel, mi único amigo.
CAR. (*Ap.*) (¡Cómo pone el matrimonio
á estos entes!)
ENR. ¡Qué egoismo!
contigo he de hacer lo mismo
que tú conmigo.
CAR. (*Ap.*) (¡Demonio!)
Pero estabas dispensado,
digo, si es por cumplimiento
tu vuelta.
ENR. Tengo un contento
siempre en estar á tu lado.
Y si en tan supremo dia
no hubiera estado un minuto,
hubiera sido...
CAR. (*Ap.*) (¡Qué bruto!)
ENR. Extremada mi agonia,
y á mas, yo te quiero tanto,
que voy á darte noticias
por las que darás albricias.
CAR. (*Ap.*) (¡Qué hombre tan posma, Dios santo!)
¿Y qué noticias son esas?
¿que me nombran diputado,
ó que un millon he ganado
en mis últimas empresas?
ENR. No, si son mucho mejores.
CAR. ¿Que está á un noventa por ciento
el papel?
ENR. Es mas contento.
CAR. Acaba, que dan sudores
al escucharte.
ENR. Es que Elena...
CAR. ¿Has visto al médico suyo?
ENR. No, no, ni tampoco al tuyo.
Es que... que...
CAR. Que está muy buena.
ENR. Es que ya sin la tortura
en que su amor te tenia,
puedes buscar á porfia
en las otras tu ventura.

CAR. No te entiendo.
ENR. En el instante
me explicaré si tú quieres;
ya estás libre, feliz eres,
Elena... tiene... un amante.
CAR. ¡Já, já! ¡y con poco rodeo
que me lo viene á decir!
ENR. Por no hacerte sucumbir
á tu gozo, ya lo creo.
CAR. ¿Y quién te ha dicho?..
ENR. Mis ojos...
CAR. ¿Lo has visto quizá con ella?
ENR. Sí por mi feliz estrella.
CAR. ¡Bah! esos son tus antojos.
ENR. Que lo he visto.
CAR. ¿Y qué decia?
ENR. Ella con un gran desprecio
«si mi marido es un necio,
si es un santo, vida mia:
si está muy lejos ahora,
¡Amarle yo! ¡bah! ¡qué idea!
¿puede haber cosa mas fea
que aquella mujer que adora
á su cándida mitad?
¡Oh! no, no, yo lo atestiguo,
eso es ridículo, antiguo
y de mala sociedad »
CAR. ¿Decia eso Elena?
ENR. Por cierto.
CAR. No mientas por tu desgracia.
ENR. Si lo ví. ¿No te hace gracia
al verla asi en descubierto,
para tú no hacerle caso
mientras ella?..
CAR. Es que habrá mas.
ENR. ¿Y por qué? Tú siempre estás
jugándole el mismo paso.
CAR. ¡Pero el decir que soy necio,
y estoy lejos, que soy santo!..
yo jamás he dicho tanto
de ella, ademas, el desprecio
el hombre lo puede hacer

buscando en otras mujeres
mas goces y mas placeres
que le brinda su mujer.
Porque yo he oido decir,
que al verla la sociedad,
le tiene grande piedad,
compadece su sufrir.

ENR. La sociedad, lo concedo,
y en cambio si uno es burlado
todo el mundo de contado
le señala con el dedo.

CAR. Pues doble aseveracion.

ENR. ¡Pero ya! estando de moda...
¿No lo hace la gente toda
que ocupa alta posicion?
Siendo una necesidad
el amor en las mujeres,
¿qué quieres, Cárlos, qué quieres?
ella busca inmunidad.
¿La amas tú? No: pues corriente,
ella buscó ya cariño:
tú estás libre; no seas niño,
déjala tranquilamente.
Tendrás el nombre de esposo;
mas libertad de soltero.

CAR. ¿Sabes, Enrique, que quiero
probar si yo soy celoso?

ENR. Bien, ¿quisieras ser testigo
de una escena?

CAR. Justamente.

ENR. Pues te serviré.

CAR. Corriente.

ENR. Todo por un buen amigo
se debe hacer; mas pasemos
al salon á ver las bellas;
verás cuál gozas con ellas.

CAR. ¡Si pareces otro!

ENR. Entremos.

(Se marchan por la galeria de la izquierda.)

ESCENA VI.

ELENA, *por el fondo.*

¡Cuánto sarcasmo en sí encierra
ese mundo abominado
para un pecho desolado
que llora sobre la tierra
por un amor desdichado!
¿Qué le resta al alma mia
de su mágica ilusion?
Un recuerdo de agonia,
que destroza noche y dia
las fibras del corazon.
¡Luis! ¡Luis de mi amor! dejarte
con el alma hecha pedazos,
y sin poder adorarte,
cuando nací para amarte
y morir entre tus brazos! (*Pausa.*)
Y si el consuelo precisa
ese mundo que divisa
mi angustiado padecer,
con sarcástica sonrisa
me dirá: ¡pobre mujer!
(*Se sienta abismada sobre un divan de frente al público.*)

ESCENA VII.

ELENA *y* LUIS, *por el fondo.*

LUIS. Elena, adios.
ELENA. (*Ap.*) Valor, Vírgen querida.
LUIS. Me ausento ya.
ELENA. ¿Te ausentas, Luis? ¿Y acaso
puedo saber adónde?
LUIS. A buscar el ocaso de mi vida,
donde el destino me encamine el paso.
ELENA. ¿Me olvidarás? (*Llorando.*)
LUIS. ¡Elena!
ELENA. ¿Olvidarás que un alma

de sentimiento llena,
de un martirio cruel lleva la palma,
llorando noche y dia
los negros pasos de su suerte impia?

LUIS. Tres años hace que tu mismo acento
cerca del mar, en noche silenciosa,
dijo: ¿me olvidarás? Mi juramento
no fué como la nube vaporosa
que se deshace en el azul del viento.
¡Hace tres años! pálida y llorosa
cien veces repetias
á mi angustiado corazon amante,
que tú jamás, jamás me olvidarias.
Pero ¿por qué evocar esta memoria
que á mi pesar sobre mi mente vaga?
Si yo soñé tan halagüeña gloria,
mi alma debe borrar ya de su historia
ese recuerdo que mi pecho llaga.

ELENA. Luis, compasion. Cada palabra tuya
cual plomo derretido
me horada el corazon. ¡Oh! ¡Calla! ..

LUIS. ¡Calla!
Si, callaré, me lanzaré al olvido,
levantaré al dolor una muralla,
y cuando lejos de mi patrio suelo,
anonadada el alma,
piense mirar tu imágen en el cielo,
mandaré al corazon que tenga calma.
De hoy mas va á ser preciosa mi existencia:
voy muy temprano descubriendo el mundo,
y aprenderé la ciencia
de ahogar el corazon en los placeres
y ver mentido hasta el dolor profundo.

ELENA. ¡Oh! ¡cuán cruel para conmigo eres!

LUIS. Elena, con tu amor me engrandecia;
cuando pensaba en tí, la tierra entera
no era bastante para el alma mia.
Ahora seré mezquino,
cruel tambien de corazon de fiera,
cual conmigo lo fueron.
¿Quién habrá libre del escarnio mio
si mi primer pasion escarnecieron?

Mi corazon al vislumbrar la España
era tan grande como el cielo mismo;
pero tambien el corazon se engaña
para castigo horrible de sí mismo.
Elena, adios; si en tu opulenta vida
te hablan de un hombre que idolatra el vicio,
óyelo alguna vez estremecida;
tú le lanzaste al hondo precipicio.
(*Al acabar de decir Luis el último verso, Cárlos y Enrique aparecen por entre la cortina de la puerta derecha del fondo.*)

ESCENA VIII.

DICHOS.

ENR. (*Ap. á Cárlos.*) ¡Bellísima ocasion!
CAR. Allí está Elena.
ENR. Ven.
CAR. ¿Adónde?
ENR. A que mires que no miento.
Mírala allí llorando,
de amores suspirando:
¿supongo, Cárlos, que estarás contento?
CAR. (Si; pero calla.)
LUIS. Adios.
ELENA. Luis de mi vida,
una sola palabra de consuelo
antes de tu partida,
una sola palabra generosa
que mitigue las penas de mi vida.
ENR. (¿Escuchas bien?
CAR. Si tal.)
ELENA. ¡Ay! nunca olvides
que un alma dolorida
recordará sus horas
de amor y de esperanza embriagadoras,
desesperada, loca, estremecida.
ENR. ¿Oyes bien, Cárlos?
CAR. Si, vete al demonio.
ENR. ¿Ves como yo no miento,
y amigo fiel te busco un gran contento

que es tal vez el mejor del matrimonio?

CAR. Voy á salir de aqui.

ENR. Hombre, ten calma,
y sin remordimientos
podrás seguir tu venturosa estrella.

CAR. (*Ap.*) ¡No me parece ahora que es mas bella!

ENR. (*Ap.*) Pienso que sufre, si.

CAR. Yo fuera voy.

ENR. ¿Cárlos? ¿qué vas á hacer? no, por quien soy.)

LUIS. Adios, adios.
(*Le toma una mano y va á besársela, pero se arrepiente. Elena estará ya levantada y se precipita llorando y desesperada por el punto mas próximo de la galeria, mientras que Luis al decir los versos que siguen, va á retirarse con sumo dolor por el ángulo opuesto.*)
No empañe en este dia
un beso aciago mi pasion tan pura.
Dios inflexible, lanza al alma mia
ahora si puedes ya mas amargura.
(*Al acabar Luis, Cárlos se precipita fuera seguido de Enrique, que intenta sujetarlo.*)

ESCENA IX.

ENRIQUE, LUIS *y* CÁRLOS.

CAR. (*Deshaciéndose de Enrique.*)
¿Dí, me dejas? ¡Caballero!...
(*Se adelanta y sujeta á Luis que sigue sin escucharle.*)
¿No oye usted que le he llamado?

LUIS. (En un instante menguado
me viene tan altanero.)

ENR. (*A Cárlos.*) Que eso es ridículo.

CAR. Elena
es mi esposa.

LUIS. Y bien, ¿qué hallamos?
¿quiere usted que nos batamos?
La noche está bien serena.

CAR. Al momento, ¿armas?

LUIS. (*Ap.*) (La espada
es la que manejo sola,
quiero morir.) A pistola.
CAR. Sitio.
LUIS. Cualquiera.
CAR. Me agrada.
Testigos busque usted dos.
otros dos vendrán conmigo.
LUIS. Si acepta usted lo que digo,
el mejor testigo, Dios.
ENR. Pero, señores, ¿por qué?
CAR. Déjate ya de sandeces,
quiero vengarme con creces
de todo lo que escuché.
LUIS. ¿Escuchó usted? (*Con tranquilidad.*)
CAR. Si, señor,
y juro por mi cabeza,
que haré que tan ruin vileza
no quede impune en mi honor.
LUIS. ¡Vileza usted la ha llamado!
CAR. Y no estoy arrepentido.
LUIS. Hable usted mas comedido
ó será mal escuchado.
No piense, no, que sus celos
me humillen, ni su bravura;
pero su esposa es tan pura
como el azul de los cielos.
CAR. Quien tiene honor de otra suerte
hablara. Fuera al momento.
¿Teme el morir?
LUIS. Si, lo siento,
porque el mundo me divierte.
CAR. Todo lo escuché.
ENR. Mi amigo,
¿te burlas?
CAR. ¡Eh! aborrecible.
ENR. ¿Cómo tú tan irascible?
¿te vas á enfadar conmigo?
LUIS. Y bien pues, si mudo espia
escuchó nuestro lenguaje,
¿en qué funda usté el ultraje
si Elena nunca fué mia?

Vil la llama usted ahora
porque en coraje se enciende;
su alma de usted no comprende
el alma de su señora.
Diga usted, ¿con qué derecho
puede juzgarla tampoco,
hombre que desprecia loco
la nobleza de su pecho?
Me amaba, y yo con fervor
hace tres años tambien;
¿y quién puede borrar, quién
las semillas del amor?
De un amor que brotó el cielo
para que al cielo tornara,
sin que en el mundo manchara
la pura luz de su vuelo.
¡Oh! de un amor, de un amor
inmenso, santo y profundo,
evaporado del mundo
cual la esencia de una flor.
¡Oh! ya que usted me ha robado
la salvacion de mi vida,
salvacion no envilecida,
porque mi amor fué sagrado;
sepa usted que si reune
dos almas amor profundo,
aunque las separe el mundo,
Dios, que es mas grande, las une.
Y asi, marqués, ¿quién podria
decirme, olvida, yo quiero?
El sol faltará primero
tras la alborada del dia.
Esto á usted oscuro es,
y en vano, en vano le arguyo:
si es de cieno el pecho suyo,
¿qué entiende el cieno, marqués?

CAR. Salgamos.

ENR. ¡Eh! poco á poco.
¿quién fué aqui el desafiado?

CAR. Ya te oigo con desagrado.

ENR. Oye, Cárlos, no seas loco.
Fué el señor: bien, pues te digo

que hace tiempo que olvidada
tengo en mi casa una espada;
que quiero enfundar contigo.

CAR. Basta de bromas.

ENR. No tal.
Antes que un tiro certero
te mate, yo estoy primero,
si no lo tomas á mal.

CAR. ¿Qué dices?

ENR. Basta falsia.
Cárlos, mi honor has robado,
y ya que por mí has gustado
lo amargo del alma mia,
héme aqui dispuesto ya
á vengar tu ruin traicion;
yo te he llamado ladron,
la noche tranquila está.

CAR. ¡Enrique!

ENR. Ya mas no hablemos;
tu alma se gozó en mi afrenta,
ahora solo me atormenta
lo que en batirnos tardemos.
No haya mas explicacion.
Vil te llamo, es un ultraje
grande.

CAR. ¡Enrique tal lenguaje!..

ENR. Me nace en el corazon.

CAR. Salgamos.

ENR. Pero no quiero
ahora.

CAR. ¿Cuándo?

ENR. Cuanto tarde
el sol en salir.

CAR. ¡Cobarde!
¿te arrepientes?

ENR. Yo lo espero
de tí; pero ya que imploras
por la prontitud, salgamos.
Mas... no, quietos bien estamos,
sufre aun algunas horas.

CAR. Los dos ahora mismo.

ENR. No;

fuera muy poco castigo,
como tu mejor amigo
debo ser primero yo.
Aguardemos á mañana.

LUIS. ¡Enrique!

ENR. A las diez vendremos,
sufre un poco: Luis, marchemos.

CAR. No espero una accion villana.
(*Se marchan Luis y Enrique por el fondo. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el mismo gabinete del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

ANA *y el* MARQUES, *que está sentado pensativo.*

ANA. ¡Despues de una noche tal
de baile!
CAR. Déjame, Ana.
ANA. ¡A las ocho levantado!..
No habrá usted dormido nada.
(*Con zalameria.*)
¿Que tiene usted, señorito?
No ponga tan mala cara.
Mire usted, ya he aprendido
muy bien á ajustar la bata.
¿La traigo?
CAR. No.
ANA. Está usted triste.
CAR. Vete por Cristo, muchacha.
ANA. ¿Ha habido alguna en el baile
que se haya mostrado ingrata
á sus cándidos halagos?
Mal gusto tiene tal dama;
mas no desespere usted,

con las mujeres constancia.
Si ella ha levantado un fuerte,
á batirlo con palabras,
con promesas, con valor,
y sobre todo con dádivas.
No sé cómo haya mujeres
tan hoscas, tan mojigatas,
que al ver á usted, señorito,
no le entreguen toda el alma.

CAR. ¿Quieres callar?

ANR. ¡Ay! ¡qué ceño !..
(*Llorosa con fingimiento.*)
bien, me marcharé de casa,
ya usted se molesta en verme,
me iré á llorar mi desgracia.

CAR. Vete ó quédate.

ANA. Me iré;
al fin la pobre criada
¿que habia de esperar? yo que
tanto por usted miraba!..

CAR. Mira, no llores.

ANA. ¡No llores,
cuando me echa de su casa!
¡á mí! ¡á mí! que tantas veces
le he ajustado la bata!..

CAR. ¿Y cuándo te he despedido?
no, quédate (¡Pobre Ana!)

ANA. ¿Qué dice usted?

CAR. Que te quedes;
mas déjame.

ANA. (*Ap.*) (Ya soy ama.)
Pero diga, señorito,
¿qué tiene tan de mañana
que tan cabizbajo está,
sin haber dormido nada?
Cuéntemelo usted á mí,
su pesadumbre me mata.
¿Es tal vez la señorita
la que acaso no le ama?
Déjelo usted. ¿Quién ha visto
entristecerse... por nada?
Haga usted que ella lo vea

sin pretension de agradarla,
haciendo el amor á alguna,
prefiriéndola, halagándola;
por ejemplo, á mí, que soy
la que tiene á mano en casa,
y verá usted si se vuelve
una azucar, una malva.
Y si no, ¿por qué tal pena?
Mientras que mujeres haya
de buen gusto, estará usted
compensado de tal falta.

CAR. (¡Muchacha mas habladora!)
Déjame.

ANA. Ya que le enfada
mi conversacion, me iré:
hoy es grande mi desgracia;
pero sepa usted que siempre
deseo agradarle.

CAR. Bien, marcha.
(*Ana se interna por la puerta primera izquierda.*)

ESCENA II.

CARLOS, *levantándose.*

¿Y por qué tal pesadumbre?
Si ambos á dos me vendieron,
¿qué derecho tengo yo?...
¿No hice lo mismo con ellos?
Es ridículo á fé mia
lo que hace poco en mí siento:
pienso que la amo, sí,
la amo, pues que tengo celos.
¿Y cuándo, cuándo ¡ay de mí!
he llegado á conocerlo!
Cuando ese mismo baldon
que yo escarnecí otro tiempo
está grabado en mi frente
con caractéres de hierro.
Pero ¿es posible que yo,
que jugaba los afectos

venga ahora encadenado
á girar en este infierno?
¡Yo que miraba el amor
despreocupado y excéptico!
¡Yo que al honor de un marido
lanzaba mi vituperio!
¡Yo que burlé la amistad,
yo que escarnecí los celos,
ahora pesan sobre mí
represalias que comprendo
me hacen daño, pues que son
crudas venganzas del cielo.
¡Pero Cárlos!... son las ocho
(*Mirando el reloj.*)
nada mas: ¡oh, torpe tiempo!
y me faltan aun dos horas
de excéntricos pensamientos!
Quiero vengarme, ¿y de qué?
¿No hice lo mismo con ellos?
¡Yo que pensaba tener
el corazon casi muerto!...
¡Oh! maldita sociedad
que enseñas vivir mintiendo.
Tuya es la culpa, tú sola
me cegaste con ejemplos.

ESCENA III.

CARLOS *y* ELENA, *por la puerta segunda izquierda.*

CAR. (¡Ella aqui!)
ELENA. (¡Ya levantado!)
Cárlos, ¿tú tan de mañana?
CAR. De dormir no tengo gana.
ELENA. ¿Pues no te encuentras cansado?
CAR. No.
ELENA. Pues lo extraño; bailaste
mucho.
CAR. ¿Mucho? No, no á fé.
Tan solo un wals creo bailé.
ELENA. ¿Y con él no te cansaste?
CAR. No; pero me extraña, Elena,

el verte tan de mañana.

ELENA. De dormir no tengo gana.

CAR. (¡Y viene ante mí serena!)
Parece que ensimismada
estás.

ELENA. No. (¡Crudo martirio!)

CAR. (¿Y he de amarla? No, delirio;
mi alma está muy engañada.)
Se pinta la agitacion
en tu semblante: sin duda
el baile de anoche ayuda...

ELENA. ¿A qué?

CAR. A esa rara emocion.
Un baile deja memorias
que entristecen luego el alma,
que hacen alejar la calma
con sus dichas ilusorias.
Y tú que indudablemente
anoche ..

ELENA. (*Con dignidad.*) ¡Cárlos!

CAR. Señora,
es su esposo el que habla ahora,
conque asi mas consecuente.
Era engañado.

ELENA. (*Con arrebato.*) Mentira.

CAR. Quien blasona de nobleza
palabras de mas limpieza
usa.

ELENA. Y á tí ¿qué te admira
cuando me acusas injusto?
Quizá en tu mundo de cieno...

CAR. Siga usted, estoy sereno;
siga usted, la oigo con gusto.
Todo anoche lo escuché.

ELENA. Tanto mejor para mí.
¿Y qué descubriste, di,
de todo lo que yo hablé?

CAR. Es ya sobrada insolencia
el querer que repitiera
las frases que usted debiera
ocultarme por... decencia.

ELENA. Cárlos, no he de consentir

que por causarme dolor
se mancille asi mi honor.
La suerte me hizo vivir
con mi esposo: sé que soy
casi su esclava; mas tengo
derechos que no me avengo
á que asi se pisen hoy.
Jamás podrás injuriarme
cuando no tienes por qué:
yo he conservado la fé
que tú no sabes guardarme.
Y al verte hablar asi
buscando una falsa culpa,
me avergüenza una disculpa
que nunca esperes de mí.

CAR. ¿Nunca?

ELENA. No, porque tal vez
esto me rebajaria:
á un alma como la mia
sus acciones son su juez.

CAR. ¿Sus acciones? Si, señora;
pero es juez tan indulgente
que perdona impunemente,
aunque del mal se cerciora.
Y no quiero yo esta vez
conceder tal inocencia:
si no ha dado la sentencia
muy imbécil es tal juez.
Mi honra se encuentra manchada;
soy esposo y me han vendido.

ELENA. (*Con ira é indignacion.*)
Y aun cuando asi hubiera sido,
¿estuviera compensada?
¿Quién se atreve á pronunciar
esa palabra de honor,
cuando él mismo sin rubor
la hubo antes de pisar?
¿Con qué derechos reclamas
mi ciega fidelidad,
cuando burlas la amistad,
cuando tú mismo le llamas
al casto amor de una esposa

ridícula pretension,
y humillas su corazon
ante la mujer odiosa
que en estado despreciable
es vergüenza de tí mismo,
lanzándote en un abismo
por siempre vituperable?

CAR. Elena, la sociedad
me disculpa sin revancha.

ELENA. Si, la sociedad que mancha
con su aliento de maldad.
Y quien ese nombre invoca
despreciable es como ella:
yo lo dije, si asi es ella,
la sociedad es muy loca.
Mas basta de digresiones,
que por mi bien nunca uso;
yo que de nada me acuso
no he de dar explicaciones.

CAR. Yo las exijo, señora;
yo, que me llamo su esposo.

ELENA. Basta ya: me es muy odioso
el escucharte asi ahora.
Repito que mi conciencia
será tan solo mi juez:
pensar se engañó esta vez,
es mezquina tal creencia.
(*Se interna por la puerta segunda izquierda.*)

ESCENA IV.

CARLOS. *Pausa.*

¡Por mi vida! que hallo en mí
un cambio muy radical:
ayer siquiera pensaba
en metamórfosis tal.
Los celos me han rebajado.
¡Yo sentir! Eso es vulgar.
¡Eh! vuelva yo á ser quien fuí;
ridículo es lo demas.

ESCENA V.

ENRIQUE, *que aparece con lentitud por el fondo, mientras que* CARLOS *sigue hablando, sin notar su entrada.*

CAR. ¿Qué me ímporta á mí que Elena?...
si Matilde vale mas,
y despues hallaré ciento
que me distraigan, si tal.
Me avergüenzan los instantes
que acabo de atravesar.
Vuelva yo á ser... pero ¡calla!
Enrique, ¿por aqui estás?
ENR. ¿No me aguardabas?
CAR. ¿Lo dudas?
ENR. Me hube algo de anticipar.
(*Mirando el reloj.*)
Las ocho y media.
CAR. A las diez
dijiste.
ENR. Por madrugar
nada se pierde: si tú
no tienes reparo, ya
al Retiro que está cerca
ambos podemos marchar.
CAR. ¿Te urge?
ENR. Bastante.
CAR. Pues yo
nunca, nunca he de faltar
á mis palabras. Te sientas
y nos traerán de almorzar;
y asi el que emprenda el viaje
desmayarse no podrá.
ENR. Basta de burlas.
CAR. No creo
bromearme.
ENR. Bien está.
¿Marchamos?
CAR. ¿No oyes que no?
Yo necesito almorzar.

La calle antes de las doce
no la he pisado jamás,
ni aun para citas ni bromas,
con que asi puedes pensar
si para asunto tan sério
me habré yo de molestar.

ENR. Cárlos, creo que te arrepientes,
y fuera infame.

CAR. Jamás
lo que prometí he negado;
modérate en el hablar.
Para dar una estocada
el tiempo no ha de faltar.

ENR. Es que un instante que tarde
tu vil traicion en vengar,
me parece un siglo, Cárlos.
Es que me hace falta ya
un pecho tan degradado
con el plomo sondear;
mas antes oye: tu esposa
es inocente; al hablar
anoche, siguió tan solo
mis instrucciones; jugar
un paso fué su designio;
yo la hice vislumbrar
que dándote vivos celos
la volverias á amar.
Ella sabia que tú
no cesabas de escuchar;
pero mi intencion fué otra.
Quise pudieras gustar
lo amargo de ese veneno
que te complaces en dar;
y si tú que no la amas
has sufrido, ya juzgar
puedes todos los tormentos
del que adora á su pesar
á una esposa infiel: yo quise
hacértelos vislumbrar,
para arrancarte despues
tu vil risueño antifaz.

CAR. Pues buena actriz es mi esposa;

tiene una gran cualidad.
Y en cuanto á tí, si te empeñas
nos batiremos, si... (Ya
me está fastidiando, y quiero
mandarlo á la eternidad)

ENR. Pues salgamos.

CAR. No tan pronto:
¡si el tiempo nos sobrará!

ENR. Es que el jóven que insultaste
puede venir, y será
para mí un cargo muy grave,
pues tan inocente está
como tu esposa.

CAR. Corriente,
Si viene y quiere almorzar,
en la mesa tres cubiertos
bien servidos nos pondrán.
Yo no salgo tan temprano;
reflexiona por San Blas,
que lo mismo que tú á mí,
yo á tí te puedo matar.
¿Y qué fuera de Matilde?
lloraria sin cesar,
y á suceder lo contrario
yo lo sentiria mas,
porque ahora un paraiso
me prometia gozar
con Elena.

ENR. Basta, Carlos.
Con tu sátira mordaz
eres aun mas despreciable
que hombre alguno fué jamás.
Anoche te ví irritado,
asi te quisiera hallar;
mas el honor en tu pecho
estancia no halló jamás.

CAR. ¡Enrique! ¡me insultas!

ENR. Creo
que eres cobarde, ademas
de degradado, de hipócrita,
de infame.

CAR. (*Procurando contenerse.*) No aguanto mas.

ENR. Lo repito, eres cobarde,
y pienso que no saldrás
como antes con mi mano
no te acabe de ultrajar.
¿Te decides?

CAR. ¡Desgraciado!
¿qué dices? ¿Antonio, Juan? (*Llamando.*)
el carruaje, salgamos,
el Retiro cerca está. (*Salen por el fondo.*)

ESCENA VI.

ELENA *y* ANA, *por la puerta segunda izquierda.*

ANA. No, señora.

ELENA. Si viniera
su esposa ya desde hoy,
dices que en casa no estoy,
ó que me he marchado fuera.
¿Entiendes?

ANA. Señora... yo...
¿y si el señorito quiere?..

ELENA. A su cuarto si viniere.

ANA. Pero...

ELENA. Te lo mando yo.

ANA. Bien. (No me puedo avenir
con tal despotismo.) Ya
tampoco entonces vendrá
su esposo.

ELENA. Puede venir
cuando guste, solamente
á Matilde te he advertido:
(*Ap.*) (¿qué culpa tiene el marido
de que ella sea delincuente?)
Si se resiente hará mal,
porque él es un buen amigo
que aprecio.

ANA. (*Ap.*) (¡Cuando yo digo
que esto es muy original!)
Pero, señorita, yo
¿no pudiera saber nada
de el por qué tan enfadada

está usted?

ELENA. Márchate, no.

ANA. Hoy que con ese abandono
está usted tan seductora...
¿quiere usted reñirme ahora?

ELENA. Márchate ó no te perdono.

ANA. Bien, me iré. (*Haciéndose rehacia.*)

ELENA. Déjame, sí.

ANA. Mas tiene polvo la mesa.

ELENA. Ahora eso no te interesa.

ANA. ¿Pero estorbo á usted aqui?

ELENA. Márchate.

ANA. (*Ap.*) Si, si me voy, (*Con lentitud.*)
(mas cuando venga su amiga,
seguro está que le diga
que salió. Ya verá hoy.) (*Sale con rabia.*)

ESCENA VII.

ELENA.

No la veré mas, no quiero
que me juzguen como á ella,
yo que hago un sacrificio
que mil lágrimas me cuesta.
¿Qué entiende él de sentir?
Si á Cárlos se descubriera
mi santo amor, no veria
mas que una pasion de tierra.
El que no sintió jamás
imposible es que comprenda.
No, no. Siempre aqui callada
tendré mi pasion secreta;
mi pasion que sacrifico
al imposible y la ausencia.
Y si alguna vez la voz
alza de su angustia eterna,
la venceré con orgullo,
para que hasta el fin me sea
el martirio por mi olvido,
el grito de mi conciencia.

ESCENA VIII.

ELENA, *y* LUIS *que entra por el fondo. Al ver á Elena se sorprende, pero avanza serenándose.*

LUIS. ¿Marquesa?..
ELENA. (*Ap.*) (¡Él por aqui!)
Hacia á usted ya de viaje;
LUIS. Ya preparé mi equipaje,
mas no ha consistido en mí
la demora, vengo á ver
si me buscó el pasaporte
Cárlos; como yo en la córte
no conozco á nadie, ayer
me lo prometió.
ELENA. ¿Ayer?
LUIS. Sí.
Conozco que á molestarle
vengo, mas no he de dejarle
siendo un buen amigo asi.
Tambien despedirme quiero.
¿Se ha levantado?
ELENA. Si.
LUIS. ¿Está?
ELENA. No sé; se preguntará.
(*Toca una campanilla que habrá sobre la mesa.*)
¿Ana? (¡Cuánta angustia espero!)
LUIS. ¡Elena!
ELENA. Luis, basta.
LUIS. Yo.
en mi juventud temprana!..
ELENA. ¡Oh! calla, calla, Luis. ¡Ana!
(*Llamando con energia. Ana aparece con lentitud por la izquierda.*)
¿No oyes que te llamo?
ANA. No,
señora. (Mucho correr
no está bien. Haya paciencia.)
ELENA. ¿Y el señor?
ANA. (¡Qué impertinencia!)

Ha salido.

LUIS. ¿Solo?

ANA. A ver
no sé á qué fué con su amigo
en la berlina; al bajar,
le dije si iba á almorzar,
y me advirtió lo que digo.

LUIS. ¿Hace mucho?

ANA. Un cuarto de hora.

LUIS. (*Ap.*) Enrique se ha anticipado:
ese amigo desgraciado
va á morir.) Adios, señora.
(*Sale con precipitaceon por el fondo.*)

ELENA. (¡Oh! ¿Cuál será su intencion?
¡su estemporánea visita,
ese interés!..)
(*Se interna por la puerta primera izquierda. Matilde en el mismo instante aparece por el fondo.*)

ESCENA IX.

ANA *y* MATILDE.

ANA. (*Saludando.*) Señorita,
buenos dias. (No hallo razon
para no vengarme.)

MAT. Ana,
buenos dias, ¿y tu señora?

ANA. Está y no está. (Verá ahora
si puede mostrarse ufana.)

MAT. ¿Qué dices?

ANA. Que en casa está,
mas para usted ha salido;
eso es lo que me ha advertido,
yo no sé por qué será.

MAT. ¡Elena!

ANA. Si, ¿quién lo duda?
La señorita.

MAT. ¿Y por qué?

ANA. Pronto lo averiguaré,
si el señorito me ayuda.
Mas creo que voy descubriendo:

como vé que usted es guapa,
y que el señor no se tapa
para decirlo... comprendo...

MAT. ¡Vaya! ridículos celos,
pero aqui quien manda es él;
si ella piensa que es infiel,
que se lamente á los cielos.
¡Y te prohibió!...

ANA. Y ahora mismo.

MAT. ¿Y á mi marido?

ANA. No tal.

MAT. Pues eso es muy celestial.
¡Vaya un insulso egoismo!
¿Conque á mi marido no,
y á mí si? pues sabrá Cárlos,
que es ya preciso dejarlos
á sus anchas él y yo.
Es muy rara estupidez
tal descaro.

ANA. Eso es muy cierto,
hace algunos dias que advierto
el juego.

MAT. Por esta vez,
torpe ha estado en demasia.

ANA. ¿Mas no ha de causarle enojos
la pura luz de esos ojos
que en verdad yo robaria?

MAT. ¡Aduladora!...

ANA. No tal,
si hombre fuera, yo tambien
me rindiera, porque ¿quién
los mira sin suspirar?

MAT. ¡Muchacha!

ANA. (*Ap.*) (Yo me sofoco
diciendo á otra encantadora,
mas esta el ama es ahora,
la otra ya me importa poco.)

MAT. ¿Y fué órden terminante?

ANA. Como lo digo lo oí.
Mas ¡ay Dios que viene aqui!
(*Ap.*) Ahí se quedan.
(*Sale con precipitacion por la puerta pri-*

mera izquierda, mientras que Elena entra por la segunda y la mira con rabia. Matilde al pronto se turba y va á salir por el fondo, pero luego recobra su desenvoltura.)

ESCENA X.

ELENA *y* MATILDE.

ELENA. Adelante.
MAT. ¿Elena?... (*Saludándola.*)
ELENA. Elena, señora;
ya que la doncella mia
es tan fiel, mi voluntad
tendré que decir yo misma.
MAT. ¿Qué voluntad? Te hallo otra.
¿Estás quizá resentida?
¿Por qué?
ELENA. Porque yo ignoraba
que el descaro y la perfidia,
pudieran tener entrada
en el pecho de una amiga.
MAT. No te entiendo.
ELENA. Bah, Matilde;
ya dejaste de ser niña,
y con tu aspecto inocente
á mí me ridiculizas.
Basta ya, basta de farsa;
yo quiero que tú me digas
si pueden marchar á una
la amistad y la malicia.
MAT. Cada vez te entiendo menos:
si de una vez no te explicas,
me tendrás en un tormento
dando solo iniciativas.
ELENA. Pues bien, ya que tú lo quieres,
aunque es inútil persistas
en tu inocencia, diré
que acabamos, tú me hostigas.
En tu casa para nada
á mí tú me necesitas;
yo tal vez, porque tú eres

para mí tan buena amiga!..
Mas, ¿qué quieres? á un capricho
la amistad se sacrifica.
Es un capricho tenaz
que el ama me martiriza,
y cuando te miro pienso
que me hace daño tu vista.

MAT. Mil gracias por la franqu za.

ELENA. Es muy ruda, si, querida;
mas la rudeza prefiero
á esas contínuas intrigas,
que hacen pesar el ridículo
sobre aquel á quien se inclinan,
que hacen pasar las mujeres
por una misma medida,
y juzgarlas con desprecio,
porque algunas á sí mismas
se desprecian, enlodando
su virtud, su honor, su estima.
¿Me entiendes ahora?

MAT. Elena,
comprendo tus ironias.
Acabamos, pero no
mi marido. Sé mas lista.
He descubierto que Enrique
tiene entrada noche y dia
en tu casa. ¡Ya se vé!
su esposa aqui estorbaria,
y es necesario alejarla
para que ausente y herida,
ni pueda estorbar, ni sean
los amigos nunca víctimas
de los dolorosos celos
de una mujer ofendida.

ELENA. ¡Matilde!

MAT. Mas no será.
Asi tan solo se humilla
á quien perdió la razon
ó á aquella que ciega viva.
No pienses nunca que en verte
yo desde ahora persista;
pero... que sepa tu esposo

que eres tú tan buena amiga.

ELENA. (*Con indignacion.*)
Basta ya: rubor me causa
el soportar tus malignas
asechanzas: ya lo dije,
nada temo, estoy tranquila.
Sepa Cárlos lo que quiera;
pero basta hipocresias.
(*Va á salirse irritada por la puerta segunda izquierda; pero al mismo tiempo aparecen Luis y Enrique por el fondo, y al verlos se detiene sorprendida.*)

ESCENA XI.

DICHAS *y* LUIS *y* ENRIQUE *por el fondo.*

LUIS. (*Ap. á Enrique.*)
Prudencia.

ELENA. ¿Enrique?

ENR. Marquesa,
para Francia me despido.

MAT. (*Ap.*) ¡Él!

ELENA. ¿Usted?

ENR. A eso he venido.
Qué, ¿le causa á usted sorpresa?
Tengo ya mi marcha lista;
dentro de un cuarto de hora
estaré en posta, señora;
con que adios.
(*Da la mano á Elena. Hablando aparte á Matilde.*)
Hasta otra vista.

MAT. (*A Enrique.*) Pero... Enrique...

ELENA. (*A Luis.*) ¿Y Cárlos?

ENR. Ya
vendrá hácia usted la tormenta.

ELENA. ¡Calla!

ENR. ¿Estará ya contenta?

MAT. ¿Me abandonas?

ENR. Sí será.
¡Ay de la falsa mujer

que se arrastró en su impureza!
Ya llorará la vileza
de su infame proceder.

ELENA. Diga usted. ¡Oh! séame franco.

LUIS. Elena...

MAT. Ten compasion.

ENR. (No vaciles, corazon,
ó de mi pecho te arranco.)
¡Compasion!... solo rencor
mi alma transida destella.

MAT. No me humilles ante ella.

ENR. Ese es mi goce mayor.
Tu humillacion sin igual,
tu vergüenza, tu destino.
(*Elena habrá estado hablando con Luis acaloradamente.*)

LUIS. Cálmese usted.

ELENA. ¿Pero si no?

LUIS. No sé, no.

ELENA. ¡Dios, cuán fatal
augurio me agita el alma!
(*Sale por el fondo precipitadamente. Luis la sigue.*)

ESCENA XII.

ENRIQUE *y* MATILDE.

MAT. No me abandones asi.
¡Piedad!

ENR. ¿La hubo para mí?

MAT. Por Dios.

ENR. A Dios pide calma.
Lloraba mi corazon
y fuiste sorda á su acento.
Asi el mundo á tu lamento
sordo estará.

MAT. ¡Compasion!
¡Sola!

ENR. Escupida.

MAP. ¡Dios mio!

ENR. El mundo, que has insultado,

en tu rostro mancillado
reirá como yo me rio.
Que si un momento halagó
tu delirio inicuo, luego
el mundo no, no es tan ciego
que no te desprecie.

MAT. No
me dejes.

ENR. Tu virtud
enlodastes por el cieno.

MAT. Mira el dolor con que peno.

ENR. Cieno será tu ataud,
mujer miserable.

MAT. ¡Sola
en el mundo!

ENR. Inclemente
él escupirá á tu frente
manchada y sin aureola.
Con tu impúdico gozar
le escarneciste: pues bien,
busca ahora, busca quien
te venga ya á consolar.
Mientras que tu juventud
con falsas tintas sonria
quizás no se pase un dia
sin profanar tu virtud.
Pero se agostó la frente,
y huyen rápidos los años,
y rota por desengaños
clamarás continuamente,
y tus brazos torturando
con los secos ojos fijos
verás que si tienes hijos
les llamas, y huyen llorando.

(*Va á salir precipitadamente por el fondo; pero en el mismo instante aparece Cárlos sostenido por Juan y Elena, y detrás Luis. Estos conduciendo á Cárlos hasta sentarlo en una butaca. Matilde hace un movimiento de angustia y de sorpresa. Enrique queda abismado.*)

ESCENA XIII.

DICHOS.

ELENA. ¡Cárlos, Cárlos!..
ENR. ¡Dios!
CAR. ¡Elena!
ELENA. (*A Enrique.*) Todo, todo lo comprendo.
¿Y aqui permanece usted
gozando en ver sus hechos!..
¡Cárlos!
CAR. ¡Elena!
ELENA. Corred:
pronto, pronto venga el médico.
MAT. ¡Cárlos!
(*Sale Juan por el fondo.*)
CAR. Aparte, señora,
no insulte usted mis tormentos.
La luz ponetró en mi alma
por la herida de mi cuerpo.
Elena, perdon. Enrique,
yo tu perdon no merezco,
pues que no supe apreciar
tus mas nobles sentimientos.
ELENA. ¡Va á morir!
CAR. Elena mia,
muero, si, pues lo merezco.
Ven, Enrique, trae tu mano.
ENR. (*Ap.*) ¿Por qué me acosa el infierno?
el que nació como yo
con la maldicion del cielo,
autómata del dolor,
verdugo de sus afectos,
ahogado debió nacer,
sin corazon.)
ELENA. (*A Luis.*) ¿No hay un médico!
Es mi esposo, salvacion.
Luis.
LUIS. Corro.
CAR. No hay ya remedio.

ELENA. Cárlos, Cárlos.
LUIS. (*Al ir á tomar el sombrero. A Matilde.*)
Oh, Matilde,
gócese usted en sus hechos.
(*Sale con precipitacion por el foro.*)
MAT. (*Ap.*) Todos, todos me abandonan;
miro á mis piés un desierto,
mi culpa los hiere á todos.
ENR. ¡Maldicion!
(*A Matilde con ira.*)
MAT. (*Ap.*) Solo un convento
me resta.
(*Sale precipitadamenie por el fondo.*)
ELENA. ¡Cárlos!
CAR. ¡Elena!
ELENA. ¡Oh! por piedad, ¿No hay un medio?
CAR. (*A Enrique.*) Yo te perdono esta herida
que pronto me tendrá yerto,
perdóname tú lo mismo
cuanto padecer te he hecho.
ENR. ¿Y no habrá remedio, Cárlos?
No laceres mas mi pecho:
si con mi sangre bastara
á remediar tus tormentos,
yo sacara gota á gota
la que afluye en mi cerebro.
Perdóname.
CAR. ¡Ay!
ELENA. Dios mio.
CAR. Elena, ningun derecho
tuve para marchitar
tus cándidos sentimientos,
oye del que fué tu esposo,
¡ay! el último precepto.
Ama á Luis como le amaste
en un mas dichoso tiempo,
y unidos ambos, tan solo
tributad algun recuerdo
de amargura á este infeliz,
que morirá bendiciéndoos.
No me maldigas, Elena.
ENR. ¡Oh! me ahoga el sufrimiento.

ELENA. Cárlos, si, tú vivirás.
¡Oh! por piedad, venga un médico.
CAR. Es ya inútil... ¡ay!.. Enrique...
Adios... Elena... hasta el cielo...
(*Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

á Madrid.
a á tu víctima!
e te cases.

l ama á su modo.
y Pipelet, ó las desgracias
portero.

es, sustos y enredos.
cas y dos pares de anteojos.
nero á Ministro.
pata de anafe.
ridos! qué ventura.
tremens.

de cachemira.
de las desdichas, ó D. Her-
ós.
de Bailen, *Loa y Corona*
a.
io de Tántalo.
Febrero.
le.
por la ventana.
no.
e del hijo de mi mujer.
ó yo.
juez y en Madrid.
ne y el Montero.
amigo, un duro.
del Ministro.
latanismo.
te está el busilis.
eco.
de hacerse amar.

r liebre.
ca parda.

ncia de un poeta.
na noche de Camoens (*tra-*
).

La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los Quid pro Quos.
Lluvias del estio.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.

Simpatia y antipatia.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris. *Segunda parte.*
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreur.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.

Cocinero y Capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos, despecho y amor.
Conde, Ministro y Lacayo.
Corona y tumba, ó el reinado de Sigerico.

Duda en el alma, ó el Embozado de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpio.

Entre bobos anda el juego.
El Gran Duque.
El pacto de sangre.
El velo de encaje.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El Conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El Caballero de Harmental.
El Cardenal es el Rey.
El Castellano de Tamarit.
El Castillo del Diablo.
El conde de Monte-Cristo. *Primera parte.*
El conde de Monte-Cristo, *Segunda parte.*
El conde de Hernan.
El correo de Lion, ó el asalto de la silla de postas.
El escudo de Barcelona.
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una madre.
El sereno de Glukstadt.
El subterráneo del castillo negro.
El genio contra el poder, ó el Bachiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey.
El libro negro.
El Judio errante.
En el crímen vá el castigo, ó la Condesa de Portugal.
En 1830.
El difunto Leonardo.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.

Eugenia.
Eulalia.
El egoista.

Fea y pobre.
Francisco el inclusero.

Honra por honra.

Isabel Segunda.

Juana de Arco.
Juana de Nápoles.
Judit.
Juicios de Dios.
Julieta y Romeo.

Los fanfarrones del vicio.
La Baltasara.
La hiel en copa de oro.
Lorenzo me llamo, ó carbonero de Toledo.
Los amores de la niña.
La campana vengadora.
La crisis.
La alegria de la casa.
Las mujeres de mármol.

La corte del Rey poeta.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La Duquesa de Iprest ó Genoveva de Brabante.
La Duquesa ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre. *Segunda parte de Vilfredo el Velloso.*
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo (magia).
Luisa Miller.
La casa del diablo.

Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.

Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la E
Nadie diga de esta agua no

Oráculos de Talia, ó los d
Palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.

Represalias.

Secretos del destino.

Tambien en amor se aci
es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Un hijo natural.

Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

En un acto.

A Rusia por valladolid.
Alumbra á este caballero.
A última hora.

Cuarzo, pirita y alcohol.
Casado y soltero.

Diez minutos de reinado.

El amor y el almuerzo.
El Grumete. *(La música.)*
El Trompeta del Archiduque.
El Sonámbulo.
Escenas en Chambèrí.
El Alferez.

Gracias á Dios que está puesta la mesa.
Guerra á muerte. *(La música.)*
Gato por liebre.

La Cotorra.
Las bodas de Juanita.
La Dama del Rey. *(La música.)*
Los dos ciegos.
La Zarzuela.
La flor de la Serrania.

La espada del Rey.

Pablito (Segunda parte de Buenas noches, Sr. D. Simon).

Un Caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El Postillon de la Rioja.

La cola del Diablo.
La córte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Cárlos Broschi.
Catalina.

El sueño de una noche de
El Dominó azul. *(La músi*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el la
luntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La Estrella de Madrid. *(La*
La Caceria Real. *(La músi*
La Pasion (drama sacro-lir
Los Comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, cuarto princip